

*Comp. 5*  
EL DUQUE DE VISEO.

*Leg 2º*  
TRAGEDIA

*F. 17.*

EN TRES ACTOS

POR

D. MANUEL JOSÉ QUINTANA.

*Sin lo tachado*



MADRID

EN LA OFICINA DE D. BENITO CARCÍA, Y COMPAÑÍA.

AÑO DE 1801.

*Se hallará en las Librerías de Quiroga,  
calle de las Carretas y de la Concepcion Ge-  
rónima.*

Ayuntamiento de Madrid

EL DUQUE DE VISEO

TRACEDIA

EN TRES ACTOS

POE

LA MARCA DE LOS QUINTANA

MADRID

EN LA ORIGINAL DE D. BEATO CARLOS, Y COMPANIA

AÑO DE 1801.

Se halla en la Librería de Quintana  
de las Carreras y en la Compañía de

## ACTORES.

*3<sup>a</sup>* EDUARDO, Duque de Viseo. SR. VICENTE. *no*

GARCÍA.

*5<sup>a</sup>* ENRIQUE, su hermano. SEÑOR RAFAEL *no*  
PEREZ.

*6<sup>a</sup>* VIOLANTE, con el nombre de Matilde: hija *no*  
de Eduardo. SEÑORA MARIA GARCÍA.

*7<sup>a</sup>* EL CONDE DE OREN. SEÑOR BERNARDO *no*  
GIL.

*8<sup>a</sup>* ATAYDE, Alcayde del Castillo. SEÑOR  
TOMÁS LOPEZ.

*9<sup>a</sup>* ASÁN, esclavo negro. SEÑOR JUAN CAR-  
RETERO.

*10<sup>a</sup>* ALY, esclavo negro. SEÑOR AGUSTIN ROL-  
DAN.

GUARDIAS DE ENRIQUE.

SOLDADOS DE OREN.

*La accion sucede en Portugal en una fortaleza del Duque de Viseo. La escena representa un salon magnífico en los dos actos primeros: en el tercero un subterráneo con varios ramales de bóvedas.*



## ADVERTENCIA.

---

**E**l asunto de esta Tragedia está sacado de un Drama Inglés titulado *el Espectro del Castillo.*, escrito por Mr. G. Lewis, y representado en Lóndres con un aplauso extraordinario. Los nombres de los personajes, el pais y la época de la accion son diversos; pero los supuestos en que se funda la fábula, los caracteres mas distinguidos, y algunos trozos son enteramente los mismos en la obra Inglesa que en la Española.

Esta conformidad, sin embargo, no bastaba para completar una Tragedia: los que deseen averiguar hasta qué punto se ha separado de su modelo el Autor del Duque de Viseo, pueden consultar el núm. 61. de la Biblioteca Británica, donde se halla un juicioso y extenso análisis de aquel Drama. Allí verán que en él igualmente, que en la Tragedia se trata de pintar las agonías de un malvado, que ardiendo en una pasión incestuosa, por la muger de su hermano, y ha-

biendo asesinado á los dos; sus remordimientos le sitian en todas partes, y la imágen de sus delitos le martiriza hasta en sueños. Enamorado despues de una hija de las dos víctimas, la llama á su castillo, la quiere primero seducir con la ostentacion de sus riquezas, y al fin atropellar con la violencia. Ella despues de haber encontrado á su padre, á quien un criado del opresor habia salvado la vida, es libertada por su amante que acude con su gente á socorrerla, y derriba el poder del tirano.

Pero hallarán al mismo tiempo, que con unos mismos elementos la composición dramática es diversa. El público de Lóndres acostumbrado á las mayores extravagancias en las obras sublimes y desatinadas del extraordinario Shakespeare; ha perdonado á Lewis, ó por mejor decir ha aplaudido en él la mezcla absurda de las bellezas mas trágicas y teatrales con las bufonadas mas groseras; la verosimilitud y decencia corrompidas con apariciones y juegos de teatro pueriles; y la verdad y naturalidad de los diálogos rotos con una música inoportuna: este conjunto de incoherencias ha dado lugar á que se diga, que el

Espectro del Castillo es un drama lírico-tragi-cómico con algunas puntas de farsa.

Era, pues, forzoso abandonarlas tratando de hacer una obra regular: y por lo mismo dar otra marcha, á la accion ponerla en movimiento por otros medios; y alterar algunos caracterés que ó no estan bastante bien desenvueltos en la obra inglesa, ó no se presentan con la nobleza y dignidad correspondiente.

Pero si en mi concepto la razon y el buen gusto exígian estas mudanzas, no por eso creo mi obra superior al exemplar que he tenido delante para hacerla: la energía y novedad que ha sabido dar Lewis á los dos personajes de Osmundo y Asán, y el sublime horror con que está pintado el sueño son bellezas admirables dignas de un talento superior; y yo me creería bastante pagado de mi trabajo si ellas no desmereciesen en él.

Para que nadie me atribuya aciertos que no son mios, ni impute al Escritor Inglés trivialidades que solo serán hijas de mi incapacidad ó inexperiencia, he traducido literalmente y reunido en un apéndice despues de la tragedia todos los rasgos y trozos que exâc-



tamente he sacado del drama; y así los lectores podrán juzgar con todo conocimiento de mis imitaciones.

En quanto al mérito absoluto de la tragedia, considerada en sí misma, y sin relacion á su modelo, el público solo es á quien toca juzgar de él. El conocimiento que su autor tiene de la grande dificultad del arte; la circunstancia de ser el primer paso que da en él, y la poca aficion que hay comunmente en España al género trágico, por causas de que sería importuno hablar ahora; pero que todas contribuyen á hacer mas escabroso este camino, podrían tal vez ser motivos de que el Duque de Viseo hallase indulgencia en la crítica, si la crítica pudiese tener indulgencia. Y esto se entiende en el caso de que la obra por algun aspecto sea acreedora á la atencion pública; porque de lo contrario, todas estas consideraciones y plegarias, segun la graciosa expresion de un Escritor, no son otra cosa que *oraciones de difuntos, las quales no los resucitan.*



## ACTO PRIMERO.

## ESCENA PRIMERA.

*Enrique y Atayde.**Enrique estará sentado con ademan pensativo é impaciente. Atayde en pie algo separado de él.**Enriq.* ¡Ó cuánto á mi impaciencia el tiempo tarda!*Así no vuelve, y el cruel destino, que siempre me siguió, tambien ahora convierte en humo los intentos míos.**Observándole.**Atay.* ¡Cuán otro está! su atormentado pecho de rabia á un tiempo y de dolor roído, antes sin descansar se consumía respirando el horror de sus delitos.*Mas ya en su frente la esperanza ríe: y qual si hubiera á su tormento alivio suspende algun momento los furoros, y su dureza atroz pone en olvido.**¿Cómo así pudo consolarse?**Alzando la cabeza y viendo á Atayde.**Enriq.* ¿Atayde?

*Atay.* ¿Señor?

*Enriq.* ¿No ha vuelto Asán?

*Atay.* Aun del castillo

ausente está, desde que fué á la aldea  
de vuestra guardia militar seguido.

*Enriq.* ¡Ó cómo tarda!

*Atay.* En tanto obedeciendo

vuestro mandato yo, vengo á pedir os  
las órdenes, señor, que habeis de darme.

*Enriq.* Ya las sabrás: mas ántes es preciso  
saber yo, si amigable confianza  
de tí hacer debo en los designios míos.

Desde la execucion de mis furoros,  
en que tú fuisteis á la par conmigo,  
todo á mí te habia unido; y desde entónces  
con triste ceño y ademan esquivo  
siempre te hallé... Pero dudar no quiero  
de que fiel me has de ser, si fiel me has sido.

Dí, Atayde; si en tu mano consistiera  
derramar el balsámico rocío

de la tranquilidad sobre las penas  
que en este triste corazon abrigo:

¿no fueras tú el primero á consolarme?

¿no hallára en tí mi agitacion su alivio?

*Atay.* No lo dudeis, señor: ¡es tan enorme  
la carga que tras sí dexa el delito!

Yo á sostenerla en su rigor no basto;  
 y ó cuántas veces la fortuna envidio  
 de aquellos, que al furor de nuestros brazos  
 lanzáron tristes el postrer suspiro!  
 ¿Qué no dierais, decid, porque á la vida  
 volver pudiese del sepulcro frio  
 el mismo Eduardo?

*Enriq.* Calla, Atayde:

y no mientes jamas á mis oídos  
 el nombre aborrecible de ese hermano,  
 que con nuevo rencor siempre maldigo.  
 ¿Ves esta agitacion abrasadora,  
 este remordimiento y cruel martirio,  
 que desde el punto de su iusta muerte,  
 sin poderlos calmar, traigo conmigo?  
 Pues no son tan funestos á mi pecho,  
 como la gloria, la fortuna, el brillo,  
 que siempre coronaban á Eduardo  
 para eterno baldon y oprobio mio.  
 Yazca por siempre en la espantosa tumba  
 donde por mí precipitado ha sido,  
 y no perturbe su memoria infausta  
 el bello instante en que á mi bien camino.  
 Sí, Atayde: aquel amor que pudo un dia  
 arrastrarme al horror del parricidio;  
 ahora me tiende su amigable mano,



y va á sacarme de tan ciego abismo.

*Atas.* ¡El amor! perdonad: yo imaginaba, que eternamente en vuestro pecho escrito el nombre de Teodora viviría vencedor de los tiempos y el olvido.

Su amor por Eduardo, su himenéo á vuestro negro afán diéron principio, y á los atroces zelos, que afiláron para su muerte el vengador cuchillo.

Muriéron: desde entónces vuestros días de amargura y de horror fuéron vestidos, y pronunciar el nombre de Teodora se os oye siempre en doloroso grito.

*Enriq.* ¡Ah! Yo adoro á Teodora mas que nunca:

¿olvidarla? jamas. Pero el destino vida la vuelve á dar, y ella renace á redoblar mi incendio. ¿Tú no has visto á la hermosa Matilde, única hija del anciano Pereyra? El cielo quiso que otra Teodora respirase en ella, para hermoso placer de mis sentidos. La misma magestad brilla en su frente: la misma gentileza y noble brio; suyas son sus bellísimas facciones, suyo en los ojos el ador ~~divino~~.

*admirno*

*Atay.* ¡Ah! ¿qué vana ilusion os arrebató?

Volved en vos, señor: ese prestigio  
va á emponzoñar vuestra incurable llaga.

*Enriq.* No es ilusion, Atayde. Por mí mismo  
muerte me viste dar á la que amaba:

y agitado sin fin, y consumido  
en imposible abrasador deseo;

¿qué tormento jamas se igualó al mio?

Desde el momento aquel, beldad ninguna

mis ojos aduló con su atractivo,

ni voz alguna en agradables ecos

resonó dulcemente en mis oídos.

La rabia solo de mi inútil crimen

halló en mi pecho su funesto abrigo,

hasta que ví á Matilde... ¡ó cómo al

verla

mi corazon pasmado, estremecido

sintió delante á la infeliz Teodora,

y embravecerse su tormento antiguo!

Volvíla á contemplar, y ardí furioso,

qual por Teodora ardí. Tal fué el asilo

que halló mi agitacion en sus pesares.

No ya tras una sombra, un bien perdido,

se exhalarán mis áridos deseos;

la copa del amor al labio mio

se acerca, y yo la apuro, y venturoso

en Matilde á Teodora al fin consigo,  
*Atay.* Ella no os puede amar.

*Enriq.* ¿No puede amarme?

¿Siendo vasalla mia, al incentivo  
 de mi amor y poder resistiría?

*Atay.* No lo dudeis.

*Enriq.* ¿Qué importa? hácia este sitio  
 ya la arrebatara Asán, y será mia  
 de grado ó fuerza.

*Atay.* ¿Y el hogar tranquilo  
 así allanais, y la virtud dichosa  
 de un venerable anciano desvalido?

¿Quién jamas halló paz en la violencia,  
 ni la tranquilidad en los delitos?

Volved en vos, señor.

*Enriq.* No á aconsejarme  
 te he llamado yo aquí. Ya decidido  
 todo está, y sin retorno. *Atayde*, al punto  
 que el pie siente Matilde en el castillo,  
 tú á Pereyra has de ver... Mas ella llega.



## E S C E N A II.

*Dichos, y Matilde conducida por Asán y  
 Aly: los dos negros se quedan en pie á la  
 puerta. Ella se arroja á los pies de  
 Enrique.*

*Mat.* ¿Sereis sordo, señor, á los gemidos  
 de una vasalla vuestra, que arrastrada  
 por esos monstruos con violencia ha sido  
 á vuestros pies? Haced que caiga en ellos  
 de vuestra justa cólera el castigo;  
 que á vos imputan su fatal dureza:  
 á vos, señor. ¿Qué ofensa, qué delito  
 pude yo cometer, para tratarme  
 con tal barbaridad?

*Enriq.* De un enemigo  
 no viniste al poder, serena el pecho:  
 tú no eres criminal, el labio mio  
 va á decidir al punto tu fortuna.

*Mat.* Volvedme, pues, á mi inocente asilo,  
 y á mi padre infeliz: ¡Dios! su amargura,  
 al hallarse sin mí, ¡quál habrá sido!...  
 ¡No castigais, señor!... ¡Ah! libertadme  
 de esos verdugos bárbaros é impíos...  
 Su vista me atormenta... ¡Los crueles!

¡Con qué ferocidad, qué empedernidos  
mi segura inocencia atropellaron!

Sentada yo de mi paterno abrigo  
á la sombra apacible, en mil halagos  
mi tierno corazon embebecido;  
pensaba qual ayer ser hoy dichosa,  
y al cielo bendecir por mi destino.

¡Esperanza engañosa! Ellos se acercan,  
los soldados me ciñen, al ruido  
del pavoroso acero caigo yerta,

y hácia este alcázar arrastrar me miro.

¿Qué me han servido, ¡ay Dios! contra  
su furia

mi afanoso llorar y mis suspiros?

¡bárbaros! ¡son de hierro!

*Á Asán, Aly y Atayde.*

*Enrig.* Retiraos.

*Mirando al salir á Matilde.*

*Atay.* ¡Desdichada!

### ESCENA III.

*Enrique se acerca á Matilde, y cogiéndola  
de la mano la lleva á sentar junto á  
sí? ella se estremece.*

*Enrig.* No tiembles: tu afligido

pecho alentarse en la esperanza debe  
 del alto bien que te guardó el destino.  
 Calma esa agitacion que te estremece:  
 tú no estás en poder de un enemigo,  
 de un irritado juez que te persigue.  
 Este golpe terrible, este conflicto  
 que lloras como un mal, va á levantarte  
 del cieno miserable en que has nacido,  
 á la cumbre mayor de la fortuna.

*Mat.* Yo, señor, no la busco.

*Enriq.* En ese indigno  
 estado en que te ves, de tu hermosura  
 se mira el esplendor oscurecido.

¿Tan baxa suerte contentarte puede?

*Mat.* ¿Contenta no estaré de mil sencillos.  
 inocentes placeres rodeada,  
 bendicida, adorada de los míos?

¿Puede haber mayor suerte?

*Enriq.* Es tal, ¡que nunca *Aparte.*  
 podré tenerla yo!... ¿Pero este brillo  
 de gloria y magestad, tú no le envidias?

*Mat.* Yo lo que no conozco nunca envidia.

*Enriq.* Tú lo conocerás. El mas excelso  
 señor de Portugal, que aun al Rey mismo  
 quizá se iguala, tu belleza adora,  
 y rinde á tus encantos su alvedrío.

B



Tus labios hablarán, y mil esclavos  
adorarán tu gusto y tus caprichos:  
tu estancia harán los mármoles y el oro,  
la pompa del oriente tu atavío...  
¿No respondes, Matilde?

**Mat.** ¡Ah! ¿qué me importan  
tanta vana opulencia y poderío?  
El oro que á mi vista centellea,  
no es tanpreciado en su esplendor ni rico,  
como el olor de las hermosas flores,  
que para adorno del alvergue mío  
en guirnaldas bellísimas texidas  
me lleva mi Fernando de continuo.

**Enriq.** ¡Desdichada! ¡ó furor! ¿Dime, Fer-  
nando  
quién es?

**Mat.** ¿En qué señor os ha ofendido,  
para que solo de escuchar su nombre,  
tan tristemente os irriteis conmigo?

**Enriq.** ¿Quién es?

**Mat.** Nacido como yo de un padre  
al campo consagrado y su cultivo:  
Fernando es un soldado valeroso,  
que del Conde de Oren está al servicio.  
Con él ya fué á la guerra, y con él vive  
en el fuerte cercano á este castillo.

*Enriq.* ¿Le amas tú?

*Mat.* ¡ Si le amo! Preguntadlo

á aqueste corazon, en donde al vivo  
arde su imágen retratada en fuego.

*Enriq.* ¿ Y con esa inocencia á descubrirlo  
te atreves, infeliz? ¿sabes qué dices?

*Mat.* ¿ Es el amar, señor, algun delito?

*Enr.* Lo es amar á Fernando. Ya no ignoras  
la gloria que te espera, si al olvido  
das á ese miserable y sus amores.

*Mat.* ¿Olvidar yo su amor? No: mi cariño  
no es viento que se vuelve á la fortuna.  
Pobre es Fernando, sí: ¡ pero tan rico  
de valor y virtud!

*Enriq.* Tú te envileces.

*Mat.* Mi atroz perfidia, mi perjurio olvido  
solos á envilecerme bastarían;  
mi fé no: la palabra que ayer mismo  
le dí de ser eternamente suya,  
el cielo la escucho, que fué testigo  
de quanto prometí, y el cielo sabe  
como mi corazon juró cumplirlo.

*Enr.* Calla, infeliz, que mi paciencia apuras:  
calla.

*Mat.* ¡ O cómo me mira! de este sitio  
permitid que...

*Levantándose.*

*Deteniéndola.*

*Enriq.* Detente : yo te amo,

¿ lo sabes ?

*Mat.* ¡ Vos , señor !

*Enriq.* El pecho mio

es un volcan de fuego que me ahoga,  
si extinguirle en tus brazos no consigo...

No intentes escaparte... Tú no puedes.

Escúchame: mi mano, el poderío  
con que me ves lucir , todo es ya tnyo..  
Mas si aun así menospreciar me miro,  
me dará la violencia.

*Mat.* ¡ La violencia !

No : ¡ semejante oprobio es tan indigno  
de vos !

*Enriq.* Piénsalo bien : piensa , Matilde,  
que estás en mi poder.

*Mat.* Sí... Y eso mismo

es lo que me defiende. Si sois noble,  
si escuchais al honor , vos compasivo,  
me daréis contra vos seguro amparo.  
Ya arrodillada á vuestros pies le pido,

*Se echa á sus pies.*

y en mi llanto bañándolos , imploro  
la piedad que se debe al desvalido.

No me hagais infeliz.



*Enriq.* De su inocencia      *Aparte.*  
 mi furor se desarma al atractivo...  
 Mira, Matilde, á disculparte ahora  
 baste tu agitacion: pero es preciso  
 resolverte en el término de un dia.  
 En tanto como Reyna en mi castillo  
 tratada y respetada, á la grandeza  
 irás acostumbrando tus sentidos.  
 Tú su amable dulzura aun no conoces:  
 Pruébala, y la amarás. No hay mas par-  
 tido  
 para tí al contemplar que eres vasalla,  
 que yo soy tu señor, y á tí me rindo.  
*Vase.*

## ESCENA IV.

*Matilde sola.*

*Mat.* ¿Infeliz, dónde estoy? ¿Quién me ha  
 traído  
 al miserable trance en que me veo,  
 á las garras de un tigre abandonada,  
 sin poderme valer?... ¡ó Dios eterno!  
 Si de la gloria de tu excelso trono  
 el llanto ves que de mis ojos vierto;

sé compasivo á mi infeliz plegaria,  
 y sé mi escudo en tan terrible riesgo:  
 tú puedes solo... Entre mi humilde suerte,  
 y el señor soberano de Viseo,  
 ¿qué hay de comun?... Y el bárbaro en  
 su furia  
 dice que arde en amor su injusto pecho:  
 ¿oprimir es amar?... Fernando mio,  
 ¿dónde estás, que no escuchas mis lamen-  
 tos?

¿Dónde estás? ven, rescata á tu Matilde  
 de tan inesperado cautiverio.

Ven volando, mi bien... ¡Mas desdichada!  
 No vengas, no, que tu amoroso esfuerzo  
 no bastará contra poder tan grande,  
 y sin fruto los dos nos perderemos:  
 mas vale al cabo perecer yo sola.

## ESCENA V.

*Matilde, y Oren disfrazado con el traje de  
 un soldado.*

*Oren.* ¡Matilde!

*Mat.* ¡Ay Dios, él es!

*Oren.* Al fin te encuentro

tras de tanto afanar.  
*Mat.* ¡Ó vida mia! ¿dónde te arrastra tu delirio ciego!  
 ¿Cómo pudiste penetrar seguro  
 á esta mansion de horror y de tormentos?  
 Tú vienes á morir.

*Oren.* ¿Y qué es la muerte,  
 si en tu defensa y á tu vista muero?  
 ¡Ah, Matilde! tu pecho no comprende  
 la triste agitacion, el desconsuelo  
 que al encontrarme sin tu dulce vista  
 sobre este ansioso corazon cayéron.  
 Llegó la hora, del amor guiado  
 corrí en sus alas á tus ojos bellos,  
 y el puesto solitario me recibe.  
 Perdóname: culpable aquel momento  
 te contemplé y lloré: corré á tu alvergue,  
 y le hallo en armas y soldados lleno,  
 tu padre huido: en tan fatal conflicto  
 pregunto, me responden, el secreto  
 nadie me da de la fatal violencia;  
 y yo á purarle presuroso vuelo.  
 Perdóname otra vez: hartó he sufrido  
 en escuchar mis ponzoñosos celos,  
 en sospechar que la ambicion pudiera  
 lanzar á amor de tu inocente pecho.



La entrada á este castillo me abre el oro,  
y yo por él frenético corriendo  
te encuentro al fin, y á tu presencia olvido  
mi mortífera duda y mis tormentos.

*Mat.* ¿Y añadiste, cruel, esa sospecha,  
indigna tanto de los dos, al trueno  
que repentinamente en nuestro daño  
lanzó irritado el enemigo cielo?

Tú quizá en tu furor me maldecías;  
y yo postrada ante el tirano fiero,  
despreciando su orgullo y su opulencia,  
juraba á voces tu cariño eterno...

Pero tú no lo dudas... ¡Ay Fernandol  
Sálvate al punto: tu morir es cierto  
si te halla el Duque; á mi dolor no añadas  
el dolor de mirarte en tanto riesgo,

y aun tu muerte quizá. ¡Si tú suspiras  
á qué aspiran sus pérfidos deseos!...

Mas no rezeles: ¿sin tu amor, qué valen  
su pompa toda y su insolente imperio?

*Oren.* ¿Con que robarte á mí quiere ese tigre?

*Mat.* Sí, mi bien.

*Oren.* ¡Ó furor!

*Mat.* En tanto el tiempo

corre, y con él, acaso la esperanza  
de poderte salvar. Huye: si el cielo

alas con que volar á mí me diera;  
 ¡ó cuál tendiera fugitiva el vuelo  
 léjos de esta prision triste y horrenda!  
 Mas no es posible huir, ni hay otro medio  
 que resistir, sufrir; y si la muerte  
 llega, morir.

*Oren.* No al congojoso miedo  
 te abandones así, voy á salvarte.

*Mat.* ¿Cómo es posible á su poder inmenso  
 contrarrestar? ¿No sientes la distancia,  
 que injusta y fiera la fortuna ha puesto  
 entre tu humilde condicion, Fernando,  
 y el tirano que atroz manda Visco?

*Oren.* No hay tanta, no...

## ESCENA VI.

*Dichos, Enrique, Asán, Aly y guardias.*  
*Á sus guardias ántes de entrar.*

*Enriq.* Corred: prendedle al punto;  
 que no pueda escapar.

*Al verle entrar.*

*Mat.* ¡Ó Dios eterno!

Él es, él es: ¡ay tristes de nosotros!

*Los guardias rodean á Oren.*

*Enriq.* ¡Insensato! sin duda el justo cielo,

*Á Oren.*

por castigar tu atrevimiento loco,

aquí te traxo delirante y ciego.

¿Quién eres? ¿Mas qué dudo! el miserable  
que seduce á esta simple en sus afectos,

y que en engaños páfidos envuelve  
su tierna edad y su inocente pecho.

*Oren.* Sí: yo soy: no quien debe á los en-  
gaños

de su apacible amor el bien inmenso:

mi fé llamó su fé sencilla y pura,

su llama dulce se encendió en mi fuego.

*Enriq.* Haz cuenta que esa llama es en tu daño  
un espantoso inapagable incendio

que te va á devorar; tiembla: ¿conoces

en mí el rival de tu infeliz deseo?

*Oren.* Sí, te conozco: en tu insensato orgullo  
piensas que al verme en tu presencia tiem-  
blo;

y tu poder frenético me inspira  
solo abominacion y menosprecio.

Yo temblar! ¿Pues, tirano, soy acaso  
quien la ha arrancado del hogar paterno;  
soy el que aspira á conseguir cariños  
de un corazon con la violencia opreso?



Tu bárbara injusticia tiemble sola;  
 no yo que á tí tan superior me veo.  
 Aquí en tu alcázar, á tus mismos ojos,  
 de tus viles satélites enmedio,  
 y de tu furia entera amenazado,  
 triunfando estoy de tí; ¿no lo estás viendo?  
 Ella me ama: á nuestros dulces votos  
 mirándote presente á tu despecho  
 allá dentro de tí mi suerte envidias,  
 y yo la tuya sin cesar detesto.

*Á Oren.*

*Mat.* ¡Ah! ¿qué haces infeliz? vé, que te pierdes:

*Á Enrique.*

y vos, señor, en vuestro noble pecho  
 recordad vuestra sangre, y no á mancharos...

*Á Matilde.*

*Á Oren.*

*Enriq.* Quítate... ¿Tú quién eres? en el seno  
 de tu fortuna humilde no se crían  
 una arrogancia y ademan tan fieros;  
 dilo: no guardes á exhalar tu vida  
 al rigor de los hórridos tormentos  
 que te prepáro.

*Oren.* Á vista del peligro  
 jamas mi nombre se miró encubierto:  
 tiembla tú ahora: igual á tí en blasones

es el Conde de Oren el que estás viendo.

*Mat.* ¡Cómo! ¡tú á mí!...

*Oren.* Tan inocente engaño,  
mi bien, perdóname: yo de tu afecto  
quise deber el don á mi amor solo,  
no á la vana opulencia que poseo.

*Enriq.* Pues bien: ni tu poder, ni tu opulencia,  
ni el amor que te traxo aquí encubierto,  
ni el amor que te tienen, y es tu gloria,  
te librarán de mi rencor violento.

Aly, que hácia una torre del castillo  
sea prontamente arrebatado y preso;  
y que el Conde de Oren en ella aprenda  
á respetar al Duque de Viseo.

*Aly, con una parte de los guardias, hace  
ademan de asir á Oren.*

*Oren.* ¡Bárbaro! en insultarme y oprimirme  
quando me ves sin armas indefenso,  
la ley de los cobardes has seguido,  
no la prez ni el honor de caballero.  
Si digno fueras de tu noble sangre,  
si digno de tu nombre; en campo abierto  
la dama á tu rival disputarías,  
blandiendo airado el generoso acero.  
¿Escuchas al valor?... Mas los crueles  
siempre cobardes y menguados fuéron

responde; tu igual soy.

*Enriq.* Tu fin entónces,  
sin ser por el combate ménos cierto,  
mas bello y mas espléndido sería.  
Tú has entrado en mi alcázar encubierto,  
y á fuer de un miserable disfrazado:  
yo no conozco así á los caballeros.  
Muere, pues, como un vil, obscuramente.  
Llevalle.

*Arrojándose á los guardias que le arrebatan.*

*Mat.* Á mí con él, ministros fieros,  
tambien llevad. ¿Qué haceis?

*Ellos la rechazan, y se llevan á Oren.*

## ESCENA VII.

*Matilde, Enrique y Asán.*

*Mat.* ¡Triste Matilde!

¿Y vos, decid quién sois? ni qué derecho  
pueden dar vuestros títulos y nombres,  
para oprimir tan rencoroso y ciego  
dos almas inocentes, que vivian  
venturosas, señor, sin conoceros.

*Enriq.* No mas mi enojo á provocar te atrevas:  
mira tus esperanzas ya en el suelo:



tu amante prisionero, encadenado,  
de mi enojo ó clemencia está supenso.  
¿Qué esperas de él? ¿Riquezas? son mayores  
las que á mi lado gozarás viviendo.  
¿Gloria, poder? ¿Quién competir conmigo  
pudo jamas del portugues imperio  
sino su Rey?

*Mat.* ¡Perezca el desdichado  
que á tan triste ambicion da sus deseos!  
¿La gloria y el poder? nunca mis ojos  
hasta este instante por mi mal los viéron;  
y en este instante tan fatal los miro  
de desgracias y crímenes cubiertos.

*Enriq.* ¿Y qué? el Conde de Oren...

*Mat.* Es mi Fernando:  
y su virtud, su generoso aliento,  
mas hermosos que el oro y los honores,  
nunca, nunca, señor, se desmintieron.  
Como tal le conozco, y tal le adoro;  
como tal siempre le amaré.

*Enriq.* ¡Funesto  
y vano amor!... Asán, llévala donde  
léjos del Conde, y de mi vista léjos  
contemple su destino, y se decida  
entre su elevacion ó su escarmiento.

*Asán y los guardias se llevan á Matilde.*

ES CENA VIII.

*Enrique solo.*

*Enriq.* Sin duda estoy vendido por los mios;  
 ¿pues cómo Oren intrépido aquí dentro  
 osára penetrar, sino tuviera  
 quien ayudára el loco atrevimiento?  
 ¿Quién de estos miserables?... ¡Desdichado,  
 si por su mal á descubrirle acierto!  
 Atayde... Aly... Asán... Pero no hay duda,  
 Atayde es el traidor, es el perverso  
 que me vende... ¿No es él el que me dixo,  
 con una voz que semejaba trueno:  
*ella no os puede amar...* Y si es Atayde,  
 ¿en qué peligro tan atroz me veo!  
 Él fué ministro de mis iras ciegas,  
 y en él depositados mis secretos,  
 su aleve boca revelarlos puede.  
 Muera pues... ¿aun mas muertes? ¿altos  
 cielos,  
 por qué de amor el frenesí me arrastra  
 por tan extraño y hórrido sendero?  
 Vuelve en Matilde á revivir Teodora,  
 y vuelve á sacudirme al mar revuelto  
 de crímenes y sangre en que vogaba

por su infausta hermosura en otro tiempo,  
Mas pues así lo decretó el destino,  
así sea.

# ESCENA IX.

*Aly y Enrique.*

*Aly.* Señor, ya en duros hierros,  
vuestro altivo rival yace oprimido:  
y yo veloz á vuestra vista vengo,  
á saber qué mandais.

*Enriq.* En esta noche  
haz que beba la muerte en un veneno  
el aleroso Atayde que me vende:  
tú, si quieres vivir, guarda silencio.

*Vase.*



ESCENA PRIMERA.

*Matilde sola.*

*Mat.* Todo reposa: ¡ó Dios! ¿cómo es posible

que aquestos tigres descansados duerman,  
y que solo el silencio se interrumpa  
por el triste gemir de la inocencia?

Mi fiel amante y yo velamos solos:  
y nuestras quejas míseras se estrellan  
de este horroroso alvergue en las murallas,  
quando á encontrarse desaladas vuelan.

Ayer al tiempo de cubrir la noche  
el universo entero en sus tinieblas,  
quando al sueño llamaba á los mortales,

yo me dixe tranquila y satisfecha:  
feliz hoy fuiste y lo serás mañana.

El sueño luego en mi apacible idea,  
los objetos queridos de mi pecho  
pintaba en sus imágenes risueñas...

¡Qué diferencia! el venidero día  
será mas triste que hoy... ¿Pero quién llega?

*Viendo á Atayde.*

C

*Matilde y Atayde.*

*Mat.* Atayde, ¿qué buscáis? ¿de esta infelice, qué vais á hacer?

*Atay.* Señora, no te pierdas, ni me pierdas: contempla que tu suerte de mí depende, y tu inquietud sosiega.

*Mat.* ¿Mas qué quieren decir este misterio, esta hora de silencio, esta secreta venida?

*Atay.* La venida es de un amigo, que arrepentido á vuestros pies se acerca, que su perdon implora, y que oprimido es de remordimiento y de vergüenza.

*Mat.* Atayde, ¿vos mi amigo!

*Atay.* Sí señora:  
y en fé de que lo soy, sabed que abierta la torre por mí ha sido á vuestro amante, que libre al fin de su prision se encuentra.

*Mat.* ¡Libre Oren!... ¡es verdad! ¡Ah! no lo creo:  
¿qué te he hecho yo, para que así pretendas probar mi resistencia, y agoviarme al falso gozo de tan dulce nueva?

Si sois mi amigo, si Fernando es libre;  
¿por qué no lo estoy yo? ¿por qué esta  
horrenda

cárcel escucha los suspiros míos,  
quando á su lado respirar debiera?

*Atay.* Libre os veréis tambien: pero es pre-  
ciso

que mi servicio y lágrimas os deban  
alcanzar mi perdon de aquel cautivo,  
que tanto tiempo en servidumbre pena.

*Mat.* ¿Qué cautivo? ¿qué hablais? Yo no os  
entiendo.

*Atay.* ¡Ay señora! escuchad. Desde <sup>mi</sup> su tierna  
infancia siempre he acompa<sup>ñado</sup> á Enrique,  
y de todos sus gustos y sus penas  
depositario y confidente solo  
he sido por gran tiempo: él en la negra  
envidia, que abrigó contra su hermano,  
bebió el veneno que su pecho encierra.  
El cielo en el nacer le hizo segundo,  
y la segura y alta preferencia,  
que por su gran carácter Eduardo  
logró siempre en la paz, siempre en la guerra,  
para el perverso y envidioso Enrique,  
perene fuente de tormento era.  
Rivales en amor: ambos ardian



por Teodora Moniz. Su mano bella  
 fué de Eduardo, y el furioso Enrique  
 vió despreciada su pasión violenta.  
 En mengua tal sacrificar su hermano,  
 á su venganza despechado intenta,  
 y que despues la miserable viuda  
 su mano entregue al opresor por fuerza.  
 Yo fuí iniciado en el fatal secreto:  
 el halago, el obsequio, las promesas,  
 las amenazas...; Dios! ¿Qué no hizo Enrique  
 porque ministro de sus iras fuera?...  
 Señora, él me seduxo.

*Mat.* ¿Desdichado!

*Atay.* No fuí el solo yo. Quando de Ceuta  
 la venturosa expedicion lograda,  
 en paz al fin se reposó la tierra;  
 él de Africa traxo esos <sup>negros</sup> dos negros,  
 cuya intrépida y bárbara obediencia,  
 á todos sus delitos exêcrables,  
 pudo allanar la miserable senda.  
 Ellos y yo, señora, le seguimos  
 á este mismo castillo en que la escena  
 desventurada fué, donde de alcayde  
 me dió la autoridad por recompensa.  
 Mas no manché mis manos en la sangre:  
 el mismo Enrique fué, quien de su ciega,

de su violenta cólera arrastrado  
 hundió en el seno fraternal su diestra.  
 Iba el golpe á doblar, quando Teodora  
 volando de su esposo á la defensa,  
 lanzóse enmedio, y del feroz cuchillo  
 al rigor implacable cayó muerta.

*Mat.* ¡Qué horror!

*Atay.* Enrique al contemplar tendidos  
 sus dos hermanos, con el alma llena  
 de improviso pavor, huyó á otra estancia.  
 Mas luego al fin cobrado, atroz ordena,  
 que la familia toda de Eduardo  
 sacrificada á sus furores sea.

Asán y Aly los degolláron todos.

Violante misma, la inocente prenda  
 del amor de los tristes, ya cortado  
 miraba el hilo de su vida tierna  
 por la espada de Aly: yo la dí vida.

Señora, reparad en la ligera  
 señal que aun dura en vuestro hermoso  
 cuello;

y al fin sin duda entenderéis por ella,  
 quien debe el ser á la infeliz Teodora.

*Viol.* ¡Yo Violante! ¡gran Dios!

*Atay.* A la heredera  
 del poderoso Duque de Viseo

el nombre de Matilde, y de Pereyra,  
la tranquila mansion diéron asilo.

El vuestro padre ha sido: y si secreta  
no pudo ser á sus expertos ojos  
del jóven Conde la pasion sincera,  
él la miró como feliz camino  
de restaurar vuestra fortuna excelsa  
que Enrique destruyó.

*Viol.* ¡Monstruo inhumano!

He aquí la causa del horror bien cierta,  
que de solo mirarle yo sentia,  
del negro fratricida á la presencia  
naturaleza toda se alteraba;  
y era mi madre que con voz secreta  
me gritaba: aborrece á mi verdugo.

¡Qué no os debo yo, Atayde! Y vuestra  
lengua

el perdon de su error de mí imploraba;  
pluguiese al cielo que premiar pudiera...

*Atay.* Escuchadme hasta el fin: yo no merezco  
sino horror y piedad. De la tragedia  
el último el teatro abanbonaba,  
quando unos ayes desmayados llegan  
á mis oídos, que en sus ecos tristes  
mi ansioso pecho de dolor penetran.  
Vuelvo á atender y oir: era Eduardo



que en su palpitacion aun daba muestras...

*Viol.* ¡Ah, bárbaro! ¿y tu mano sanguinaria ahogó en su vida la postrer centella?

*Atay.* De su muerte infeliz no soy culpable: si de su esclavitud. Yo á las secretas bovedas le llevé de este castillo ántes que del desmayo en sí volviera.

Allí su herida reparé, y él vive.

*Viol.* ¡Vive mi padre!

*Atay.* Vive: si existencia

puede llamarse tan funesta vida, entre la noche y el horror envuelta.

Quando volvió en sí el triste, ya amarrado halló su cuerpo á la fatal cadena, con que oprimido por tan largo tiempo de su perdida libertad se queja.

Doce años ha que al mísero Eduardo de voz humana ni aun los ecos llegan.

*Viol.* ¡Eterno Dios! ¡ó crímenes! ¡ó día!

¡día de revelacion! Yo en mis querellas mi desventura denunciaba al cielo, quando mi padre... Atayde, ¡qué inelencuencia

en ese pecho de metal abrigas!

¿Cómo así pudo tu piedad primera en un rigor tan bárbaro trocarse?

¡cruel!

**Atay.** Tal es mi crimen; yo en defensa de la inconstancia y del furor de Enrique quise que de Eduardo me sirviera la vida. Esta política exêcrable es mi delito: pero al fin á ella vuestro padre debeis y vuestra vida. ¿Tanta inhumanidad, tanta dureza podrán hallar perdon?

**Viol.** Tú has sido, Atayde, bien culpable y cruel: pero haz que vuelva mi triste padre á mis amantes brazos; que vuelva libre, y perdonado quedas.

**Atay.** Antes de todo es fuerza... ¿Mas qué veo Aquí los negros bárbaros se acercan: y si me hallan con vos, todo es perdido.

*Huye precipitado*

### ESCENA III.

*Violante, y los dos negros.*

**Viol.** Huye, y en esta confusion me dexa, sin saber qué he de hacer.

**Asán.** De vuestra estancia, que no salgais jamas el Duque ordena;

y á nuestro zelo y vigilancia encarga,  
que sus puertas á nadie abrirse puedan:  
retiraos.

*malvado*  
**Viol.** Ministros de un ~~inano~~, *malvado*

¡ó! ¡si hundirme en el centro de la tierra  
pudiese yo, donde mis ojos tristes  
nunca de veros el horror sufrieran!

*Vase por el lado opuesto de donde salió*  
*Atayde.*

**Aly.** En parte alguna le encontramos... ¿Dónde  
se ocultará? ¿qué harémos?

**Asán.** La violenta  
órden executar que te dió el Duque:  
buscar á Atayde, y que al instante muera.

**Aly.** ¡Miseró Atayde! su amistad antigua  
no debió recibir tal recompensa:  
el fué siempre del Duque el compañero.

**Asán.** ¿Y eso qué importa? Busca en las ti-  
nieblas

la claridad, abrigo en las heladas,  
y la seguridad en las tormentas,  
ántes que gratitud de un Europeo.

**Aly.** Si eso es verdad, Asán, ¿por qué te em-  
peñas  
del Duque en merecer la confianza?  
Tu boca siempre bárbara y funesta



su natural ferocidad inflama,  
 y si él piensa un horror á otro le lleva.  
 ¿En él qué puedes apreciar?

*Asán.* Sus vicios:

ellos son los que amable le presentan  
 á mi sañudo espíritu; por ellos  
 mi vengativo corazon recrea.

Su furor, su crueldad son el azote  
 de quantos ~~blancos~~ por su mal le cercan;  
 y yo me gozo en las terribles plagas,  
 de que su atroz iniquidad se ceba.

~~Los blancos~~ de mi patria me arrancaron:  
 ellos á mi valor diéron cadenas,  
 y del respeto en vez que allí gozaba,  
 aquí soy vil objeto de vergüenza.

¿Cuál es el blanco que buscó de un negro  
 jamas de la amistad la union estrecha?

¿Y qué muger no escucha horrorizada  
 de su infeliz amor las tristes pruebas?

Patria, esposa, familia, amores, todo,  
 todo lo tuve... ¡ó Dios! Una hora adversa,  
 de todo me privó. No, no es posible  
 que aquel instante á mi memoria venga,  
 sin que toda esta raza de hombres duros  
 con odio interminable yo aborrezca;  
 ni me es posible contemplar mis males,

sin que los suyos mis delicias sean!  
Piensas que yo amo á Enrique: ¡ó qué te  
engañas!

Amo en él esa bárbara fiereza,  
verdugo de sí mismo y de los otros,  
que llena mi venganza toda entera:  
amo el devorador remordimiento  
que le desgarrá, quando ansioso piensa  
en el abismo de tormentos fieros  
con que la horrenda eternidad le espera.  
Ser el ministro yo de tantos males,  
¿con quién sino con él lograr pudiera?  
¿Por quién sino por él de tantos blancos,  
el despecho gozar y amargas quejas?

*Aly.* Pero entretanto, víctimas nosotros  
somos también. Yo, Asán, de esta caberna  
pienso escapar; mi corazón no puede  
sufrir mas el horror que le presentan  
tantos delitos: ni la infamia odiosa  
de ser su executor.

*Asán.* Yo mientras pueda  
con Enrique hacer mal, seré de Enrique:  
mas si él se abate, ó si los cielos cesan  
de sufrirle; ya entónces...

*Enriq.* Socorredme. *Dentro.*

## E S C E N A IV.

*Dichos, y Enrique que sale despavorido y sin sentido.*

*Enriq.* Socorredme: ¿lo veis? ellos me aquejan.  
¿No los veis? ¡qué rigor!... librarme de ellos.  
*Se dexa caer en los brazos de Aly.*

*Aly* ¿Qué es esto, Asán? Repara cómo tiembla:

quál los ojos revuelve y se estremece.

*Le sientan en un sofá.*

*Asán.* Hablad, señor, hablad.

*Volviendo en sí, y reparando en ellos.*

*Enriq.* ¿Qué voz es esta?

¿eres tú, Asán? ¿tú Aly? ¿con que no ha sido

mas que una sombra en mi engañosa idéa?

¿un sueño? ¿Mis oídos no escucharon

las palabras horrorisonas que aun truenan

acá en mi mente?... Asán, el mas terrible

suplicio, un lecho de deleytes fuera

comparado al horror que yo he sufrido.

*Aly.* Pero volved en vos, y la funesta

causa de tanta agitacion, patente

á vuestros fieles servidores sea.



**Enriq.** Escuchad, pues, ministros de mis crímenes:

escuchad y temblad. Era la hora en que mis tristes miembros fatigados del sueño hallaban la quietud sabrosa: por las lóbregas bóvedas vagando estar me pareció, donde reposan de mis grandes abuelos las cenizas, baxo el mármol de honor que las agovia, sus fúnebres emblemas me arredraban, quando á lo léjos entre aquellas sombras diviso una muger, que en dulce agrado á sí me llama, y mi atencion provoca. Pienso ver á Matilde en la que veo: y en aquel punto con ardor se arrojan mis presurosos pasos á alcanzarla, á estrecharla mis manos venturosas. Pero al momento de abrazarla... ¡ó cielos! Su florida beldad se descolora, y de una herida que su pecho afea en copioso raudal la sangre brota. Mírola entónces mas atento, y era Teodora, Asán.

**Asán.** ¡Qué horror!

**Enriq.** Era Teodora: con aquel ademan, aquel semblante

que fixos hondamente en mi memoria  
 su fin desventurado me presentan,  
 y desgarran mi pecho á todas horas.  
 Al fin volvemos para siempre á nñrnos,  
 con eco sepuleral dixo su boca,  
 para siempre. Mis brazos cariñosos  
 van á galardonar tu amor ahora:  
 ven, y estrecharme en tu ardoroso seno  
 al cabo lograrás: ya soy tu esposa.  
 Mas contempla primero lo que hiciste,  
 y qual me puso tu fiereza loca.  
 Sus ojos de sus orbitas saltaron,  
 todos sus miembros, sus faeciones todas  
 en esto se disipan; y en la imágen  
 de un esqueleto fétido se torna.

*Los Negros.* Cielos, ¡qué espanto!

*Enriq.* Entre sus brazos secos

ella me apremia, y con furor me ahoga,  
 me infesta con su aliento, y me atormenta  
 con su halago y caricias horrorosas.

No mas, ¡ay Dios! no mas, ante sus plantas,  
 digo, cayendo exánime: perdona,  
 espíritu cruel: ¡cómo es posible  
 que tal rencor los tñmulos escondan!

Huye entñnces la sombra, y quando pienso  
 libre mirarme, retumbar las losas

y desquiciarse los sepulcros sientó,  
 y en fuego hervir sus cavidades hondas.  
 Y de la llama al resplandor sombrío  
 sus frentes los cadáveres asoman  
 diciendo: ¡fratricida! entre nosotros  
 baxa; y el premio de tus obras goza.  
 La fuerza del horror sacudió el sueño:  
 pero mis sufrimientos, mis congojas,  
 ni entenderlas jamas podréis vosotros,  
 ni explicarlas jamas podrá mi boca.

*Aly.* Perdonadme, señor: ved que ese sueño  
 que aflige vuestra mente, es un aviso  
 que los cielos os dan, y que os convida  
 á que pongais un término al delito:  
 acordaos que esta noche el triste Atayde...

*Enriq.* ¿Murió Atayde? decídmelo.

*Aly.* Ahora mismo

le buscaba á este fin.

*Enriq.* Gracias al cielo:

que así de un crimen aliviar me miro.

Atayde viva, amigos: que su muerte  
 no se escriba en el libro del destino,  
 y á mi condenacion tambien no sirva.

*Aly.* Si este instante es de gracia, no en  
 olvido

dexeis á Oren: mandad que libre sea;



y si amais vuestra paz, tambien consigo  
lleve á Matilde.

*Enriq.* Calla: ántes la muerte,  
que consentir tan triste sacrificio.  
¡Matilde! ¡ó cómo á su apacible nom-  
bre

halla mi ansiosa agitacion su alivio,  
y la serenidad vuelve á mi pecho!  
Mañana será mia, si respiro...

Si respiro: ¿y lo dudo? ¡Ah! para siem-  
pre

nos volvemos á unir, la sombra dixo.

Salid de mí, palabras espantosas.

Asán, guarda mi amor: si algun peligro

*Asán se vá.*

le amaga, vuela á mí... Que yo entre-  
tanto

veré si el sueño recobrar consigo.

Sígueme, Aly: tus cuidadosos ojos  
en tu triste señor siempre esten fixos.

Si palpitante y trémulo me adviertes;

si salir de mi pecho hondos suspiros;

si mis cabellos erizarse miras,

y correr por mi frente un sudor frio;

despiértame al instante, que otro sueño

sufrir no quiero.

*Dichos y Asán.*

*Asán.* Atayde os ha vendido:  
las puertas de la torre su perfidia  
ha abierto á Orcn; y léjos del castillo,  
ya de vuestro poder viéndose libres  
se preparan tal vez á combatiros.

*Enriq.* Cielos... ¡con que en mis labios in-  
felices

el nombre de perdon jamas se ha oído  
hasta esta vez; y al pronunciarle ahora,  
pronuncio yo mi ruina y mi exterminio!  
¡Vive Dios! ¿Y Matilde?

*Asán.* Está en su estancia.

*Enriq.* Hazla venir, Aly. *Aly se va.*

ESCENA VI.

*Enrique y Asán.*

*Enriq.* Por ella envío,  
y tiemblo de que venga... En este día  
pensé yo, Asán, que mi cruel martirio  
debiese fenecer, y á cada instante

D

el riesgo se acrecienta y el conflicto.

Ese pérfido Atáyde me abandona,

y todo Portugal será instruido

por su labio traidor de mis furoros:

y todo Portugal alzará el grito,

y quizá con Oren volverá en breve

á arruinar mi usurpado poderío.

¿Mas qué importan sus esfuerzos locos?

¿No soy yo Duque de Viseo?... Amigo,

sin este ardor frenético, terrible,

que manda qual tirano en mis sentidos,

¿qué pudiera temer? Mas él me agovia:

Matilde vence, su desden esquivo

que me hace ver en ella otra Teodora,

y su cariño á Oren... ¡fatal cariño!

¡con el que afortunado yo sería!

Aconséjame, Asán: ¿algun camino

en tanto afán no habrá?

*Asán.* Le hay, mas terrible.

*Enriq.* ¿Y qual es?

*Asán.* ¿No nació en vuestros dominios

Matilde?

*Enriq.* Sí.

*Asán.* De vida y muerte en ella,

¡decid: ¿no es vuestro el gran derecho?

*Enriq.* Es mio.



*Asán* ¿Quién puede osar contrarrestarle?

*Enriq.* Nadie.

*Asán* Pues antes que dé el sol su nuevo giro,  
que arrastrada al altar...

*Enriq.* ¿Y si resiste,

*Asán.* Si resiste, que muera.

*Enriq.* ¿Y yo asesino

dos veces he de ser de la que adoro?

*Asán* ¿Y sufriréis dos veces que el destino,  
á despecho de vos y á vuestros ojos,  
se la entregue á un rival favorecido?

¿No vale mas vengarse, y presentarle  
de su adorada amante el cuerpo frio,  
y escarneciendo su dolor decirle:  
ni tú, ni yo?

*Enriq.* Sí, *Asán*: consejo es digno  
de tí, de mí: mi corazon le aprueba.

Mas ya viene: ¿la ves?... ¡Oh qué palpito!

Retírate.

*Los dos Esclavos se retiran.*

## ESCENA VII.

*Violante y Enrique.*

*Viol.* Aquí estoy: ¿tiene ese pecho

nuevos horrores que añadir al mío?

*Aparte.*

*Enrig.* ¿Qué lenguaje! Matilde, pues amarte con aqueste furor me hizo el destino, que nada basta á apaciguar la llama, que tu infausta beldad en mí ha encendido; ceder es fuerza al ansia que me guía.

Tu amante de un traidor favorecido, pudo á su cárcel quebrantar las puertas, y escapar á mi enojo y poderío.

Mas si su libertad salva así mira, no mirará su amor; y ya es preciso que al despuntar el día, en los altares tu mano y corazón se juren míos.

Este momento á prepararte tienes: ni ya á tardar ni á replicar arbitrio te queda.

*Viol.* Antes los cielos desplomados caigan y muestren su furor conmigo, que tan horrendo y bárbaro himenéo jamas pueda mi pecho consentirlo.

¡Yo tu esposa! ¡gran Dios! ¿Sabes quién eres?

malvado  
¿Sabes quién soy, tirano?

*Enrig.* Ya es preciso,

Matilde, consentir.

*Viol.* ¿Mas qué contento, si me vezas  
 tan bárbaro en violentar un alvedrón a que  
 puedes hallar? ¿Qué amores, qué esperanzas  
 una víctima darte? Eterno abrigo  
 de odio y desolación su triste pecho  
 fuera siempre en tu daño.

*Enriq.* ¿Y es preciso que me des  
 resolverte, Matilde?

*Viol.* ¡Ah! y o lo haría, si no fuera  
 mas solo para ser cruel ministro  
 de la venganza que te debe el cielo,  
 y mi mano presta á este castigo.  
 Yo atravesará tu execrable pecho,  
 y bañada en tu sangre... ¿Mas qué digo?  
 La doblez, la perfidia, los engaños  
 jamas dentro de mí tendrán su asilo:  
 esas artes son tuyas.

*Enriq.* ¿Qué palabras!  
 Dime: ¿quién penetrarte así ha podido  
 de tan nuevo furor?

*Viol.* El conocerte.

*Enriq.* Pues bien, nada te puede al furor mio  
 ya libentar: conóceme, mas cede:  
 ó tu mano, ó tu muerte.

*Viol.* Ya he elegido:  
 no digo unirme á tí, tu vista sola



es mil veces mas hórrido suplicio  
para mí, que la muerte y que el infierno:  
dime, ¿qué fuera mi vivir contigo?  
un abismo de horror. Tú me infestáras  
con ese aliento pestilente, impío,  
que te anega en maldad, y que violento  
te arrastra de un delito á otro delito.  
Pero tiembla: tal vez la hora sonando  
está de la venganza y del castigo.

*Enriq.* ¡Insensata esperanza! tú contías  
en el valor de Oren: ¿qué es él conmigo?  
Podrá vengarte al fin, no socorrerte.  
Aly, Guardias, Asán, pronto.

### ESCENA VIII.

*Dichos, los Esclavos y los Guardias.*

*Enriq.* Al suplicio,  
llevad á esa infeliz. No hay otro medio,  
Asán, que la crueldad: ella el cuchillo  
clava en su seno, que en su atroz dureza  
al mismo tiempo clavará en el mio.  
Perezca: ella lo quiere.

*Viol.* ¡Atroz verdugo!  
¿Por qué ese corazon de un foragido

vacila ahora, y á cumplir se niega  
 conmigo sola su fatal destino?

Aníma á su exêcrable ministerio  
 ese acero feroz; y que teñido  
 en mi sangre iufeliz tambien se vea,  
 como en la de otros míseros lo ha sido.

Ven, llega, hiere: acaba con el resto  
 de tu triste familia, el brazo mismo  
 que asesinó á la madre, hunda á la hija  
 en los horrores del sepulcro frio.

*Enrig.* ¡Asán! ¿Qué dice?

*Viol.* Sábelo: si un día

puede el remordimiento en altos gritos  
 la muralla romper del duro bronce,  
 con que tu pecho atroz has defendido,  
 que mi sangre y mi nombre entonces sean  
 de venganza y de horror fieros ministros,  
 y tu suplicio bárbaro acrecienten  
 en tu agitado corazon escritos:

Violante soy: la hija de Eduardo.

¿Ves esta herida, que en el cuello mio  
 uno de tus verdugos inclementes  
 con brazo incierto y vacilante hizo?

*Aly.* ¡Ella es, señor, sin duda!

*Viol.* ¿En qué te paras?

Sáciate, monstruo.

*Enriq.* Por piedad, amigos,  
ese objeto de escándalo y horrores  
quítad al punto de los ojos míos.  
Llevadla.

*Aly.* ¿A dónde?

*Enriq.* Arrebatadla, hundidla  
debaxo de las torres del castillo.  
Muera allí.

*Aly con una parte de los Guardias se lleva  
á Violante.*

¡Vil Ataydel... Preparaos *Á Asán y Guard.*  
á defenderme, ó á morir conmigo:

Los muros recorred del alto alcázar,  
y que el débil poder de mi enemigo,  
si aquí intenta insultarme, aquí se estrelle.

¡Ah! ¡si así defenderme al negro abismo  
pudiese del terror en que se mira  
mi desdichado corazon sumido!



## ACTO TERCERO.

*La escena representa un subterráneo oscuro, con varias galerías. Eduardo rodeado de cadenas, reclinado sobre un poyo, á un lado poco distante de una puerta que hay en el fondo. Algunas paredes medio arruinadas se ven de una parte y otra. Se supone que Eduardo acaba de despertar.*

## ESCENA PRIMERA.

*Eduar.* ¡Quándo será que término á mis males  
al fin señale favorable el sueño,  
y á nunca despertar yo me adormezca?  
El viene á regalar por un momento  
mis tristes penas; y á mayor conflicto,  
si él se sacude y me abandona, vuelvo.  
¡O qué halagüeñas son sus ilusiones!  
Pero despues en mi prision me encuentro,  
donde de luz y libertad las voces  
ni aun pronunciar en esperanza puedo.  
Mas de una vez las lágrimas del triste  
por estas manos enxugar se viéron;  
mas de una vez de su fatal cadena

me vió el cautivo aligerar el peso.

A nadie hice gemir : nunca de nadie  
ahogué la libertad... ¡ O Dios eterno !

¡ Y tú en tu santa rectitud permites  
la dura esclavitud en que me veo !

*Oyese en esto el ruido de la barra que ase-  
gura la puerta.*

Mas ruido se oye ; y el instante llega  
de que venga mi duro carcelero  
el sustento á traer , con que mi vida  
se prolonga , y prolongan mis tormentos.  
¿ Con qué presteza tan cruel escapa,  
como si de una sierpe alvergue horrendo  
fuera aquesta prision !

*En esto la puerta empieza á abrirse , y co-  
mienza á verse luz.*

¡ Mas luz en ella !

¡ Qué repentina novedad ? ¡ ó cielos !

## ESCENA II.

*Aly con una antorcha en una mano, y en la otra un puñal: Violante detras, y Eduardo.*

*Viol.* ¿Es este el sitio lóbrego y horrible, que teatro ha de ser al fin sangriento de mi vida infeliz? Habla.

*Aly.* Señora,  
él es.

*Viol.* ¡Cielos piadosos! á lo ménos  
haced que encuentre á mi angustiado padre  
antes que llegue mi postrer momento:  
aquí tal vez el mísero suspira,  
aquí tal vez sus lastimados ecos  
bañados de dolor al cielo acusan  
tan mísero y prolixo cautiverio.

Si al ménos una vez entre mis brazos  
pudiese yo estrecharle, si en su seno  
reclinada exclamar: ¡ó padre mio!  
reconoce á tu hija en el acervo  
destino que la sigue.

*Eduard.* ¡Desdichada!

Llama á su padre: ¡si aherrojado y preso  
se verá como yo?



*Viol.* Si tus entrañas

*A Aly.*

se abren de la piedad al sentimiento,  
tenla de esta infeliz ; y ántes que entregue  
al filo agudo su infelice pecho,  
de este anchuroso y silencioso alvergue  
dexa á mis pasos recorrer los senos,  
dexa á mi vista registrarlos todos.

*Aparte.*

*Aly.* ¡ Quién dar pudiera á su afliccion consuelo !

Señora , perdonad á un vil esclavo,  
que forzado á cumplir el duro imperio  
de su airado señor , apenas puede  
allá en su corazon compadeceros.  
Léjos de mí la barbara dureza  
que otro pusiera en tan fatal empleo:  
mirad mi compasion en mi semblante,  
que un tigre yo no soy por ser un negro.  
Aun contemplar la agitacion terrible,  
aun escuchar los temerosos ecos  
del Duque me parece , y la sentencia  
que tronó de su labio al conoceros.  
Vanamente el amor por vos le hablaba:  
él al rencor abandonó su pecho,  
de su antiguo enemigo al ver la hija,  
y sangre y muerte pronunció su acento.

¿ Mas por qué no cedéis ? Una palabra  
 que le deis de esperanza á su amor ciego,  
 una sola palabra apaga el rayo  
 que sobre vuestra frente está suspenso.  
 Ceded , señora.

*Viol.* ¡ Bárbaro ! ; y te atreves  
 á darme á mí tan pérfidos consejos ?

Es esta tu piedad ? Calla : y al punto  
 llena tu abominable ministerio ;  
 ánima al golpe la homicida mano,  
 y el cuchillo cruel : he aquí mi seno.

*Aly.* Que su muerte y su mal caygan sobre  
 ella.

Preparaos.

*Mientras Aly arrima la antorcha á la pared,  
 Violante se pone de rodillas , y exclama.*

*Viol.* Tus ojos desde el cielo,  
 madre ya venturosa , ácia mí vuelve,  
 y recibe mi espíritu.

*Aly.* Yo tiemblo.

*Antes de que llegue á Violante , exclama  
 Eduardo.*

*Eduard.* ¿ Qué vas á hacer , verdugo ? estos  
 lugares  
 al horror consagrados y al silencio,  
 no á profanarlos tu rigor se atreva

con la sangre inocente.

*Acercándose y reconociendo á Eduardo.*

*Aly.* ¡Ay Dios! ¿Qué veo?

¿Quién me socorre? ¡es Eduardo!

*Huye despavorido.*

### ESCENA III.

*Violante y Eduardo.*

*Oyendo el nombre de Eduardo, corre precipitada á él, y lo abraza.*

*Viol.* ¡O padre!

¡padre de mis entrañas! ¡con que puedo abrazaros al fin!

*Eduard.* ¿Qué es lo que dices?

¡Tu padre yo! ¿Sabes quién soy? ¡O cielos! Ella delira.

*Viol.* ¡Ah! no dudeis: mis ojos

la dulce prueba de que el ser os debo,  
os dan en estas lagrimas que os bañan,  
y que de gozo y de ternura vierto.

La mano á un tiempo dura y piadosa,  
que nos salvó de los puñales fieros,  
nos reservó á este encuentro inesperado,  
para acaso otra vez en él perdernos.



Reconocedme: ved en mí la sangre  
de vuestra sangre, ved cómo los cielos  
de vuestra dulce y celestial Teodora  
en mí la viva semejanza han hecho.

*Eduard.* ¡O momento de gloria! ¡ó seme-  
janza!

Ni la inefable agitacion que siento,  
ni el placer que me inunda en su dulzura,  
ni las caras facciones que en tí veo  
me permiten dudar: ven, hija mia,  
ven y reposa en el paterno seno.

*Los dos.* ¡O inefable placer! *Abrazándose.*

*Eduard.* ¡Dios de clemencia!

Tú que me diste un corazon de acero,  
bastante á resistir las negras plagas  
que sobre mí tan si piedad cayéron;  
dame tambien un corazon que pueda  
sufrir la inmensidad de este contento.  
¡Hija mia!

*Viol.* ¡En qué estado miserable,  
en qué penosa situacion te encuentro,  
señor! ¡Aquí sumido, atormentado  
con el peso fatal de aquestos hierros,  
de tan horrendo sitio respirando  
el ayre pestilente y el veneno?  
¡Ah! dexad que mis manos oficiosas

de esta cadena atroz sufran el peso;  
y ménos oprimido con su carga,  
siquiera respirad libre un momento.

*Eduard.* Pocos instantes ha la sentí rota:  
que el hierro cede á la impresion del tiempo.  
Solo el destino atroz que me persigue,  
ni desmentirse, ni ceder le sienta.  
¡ Esta debilidad !...

*Viol.* Alzaos.

*Se levantan los dos, y empiezan á andar  
por el teatro.*

*Eduard.* Violante,  
en vano animo mi cansado esfuerzo;  
mis flacos pies á caminar se niegan,  
y el paso incierto gobernar no puedo.

*Viol.* Que mis hombros y brazos juveniles  
sean vuestro apoyo, sosteneos en ellos:  
venid conmigo, y en aquestas ruinas  
podreis cobrar el fatigado aliento.

*Apoyado Eduardo en Violante atraviesan el  
teatro, y se sientan sobre las ruinas  
de una pared.*

*Eduard.* ¿ Mas dime dónde estoy ? ¿ Cómo  
viniste  
á tan triste lugar ? ¿ cuál el suceso  
fatal ha sido, que en el trance duro

de que mi voz te libertó te ha puesto?  
*Viol.* Señor, ¿no conocéis en mi infortunio  
 ese astro de furor, triste y sangriento  
 que nos persigue? El bárbaro verdugo  
 que á tí te asesinó, que handió en el pecho  
 de mi madre infeliz la cruda espada,  
 persigue en mí los miserables restos  
 de la infausta beldad, que en sus entrañas  
 pudo soplar tan horroroso incendio.  
 Su vista sola estremecer me hacia:  
 y él viendo su frenético deseo  
 desechado por mí, mandó que al punto  
 fuese arrastrada al subterráneo ciego  
 de este castillo, y su furor vengase,  
 dando al cuchillo el desdeñoso cuello.

*Eduard.* ¿Es posible que el cáliz de amar-  
 gura,  
 que á mi vida infeliz presenta el cielo,  
 tenga aun mas heces que apurar!... Vio-  
 lante,  
 quando asaltado del aleve acero,  
 por manos de un hermano á quien yo amaba,  
 me ví en las sombras de la muerte envuelto;  
 ¡qué dulce era el morir!... volví á la vida,  
 mas para verme encadenado y preso  
 en este vasto y lúgubre sepulcro,

E



perdida ya la sangre y el aliento.  
 Llamé á voces la muerte : los gemidos  
 estas inmensas bóvedas oyéron;  
 y el eco de dolor, que los doblaba,  
 redoblaba el espanto á su silencio.  
 Un ser desconocido y piadoso  
 curó mi herida, y me alargó el sustento,  
 diciendo : *vive, espera*; mas su labio  
 jamas despues se desplegó á mi anhelo.  
 En tanta soledad y desamparo  
 la afligida atencion volví á mi pecho,  
 y hallándole inocente, al cielo clamo:  
 ¿en qué, pues, merecí lo que padezco?  
 Yo no sé; mas entónces, de repente,  
 una nueva virtud sentí aquí dentro,  
 una fuerza, que igual á mis destinos  
 basta sola á contrastar con ellos.  
 Crecía el mal, y mi valor crecía  
 á par que su violencia... ¡Ah! ¡si los  
 cielos  
 contemplan esta lucha formidable,  
 los cielos de Eduardo están contentos!...  
*Viol.* ¡Yo, señor, me estremezco!  
*Eduard.* Algunas veces  
 tú y tu madre, presentes á mis sueños,  
 consolábais mi afán: ¡ó Dios piadoso,

y tras tanta ilusion, tras tanto tiempo,  
mi adorada Violante al fin me envias!

Abrázame otra vez: este consuelo  
no puede arrebatarnos el tirano.

Nuestros suspiros cuenten los momentos;  
y unidas nuestras lágrimas, nos bañen  
en ternura y dolor á un mismo tiempo.

*Viol.* Mas los instantes vuelan, padre mio,  
y de vuestra existencia el gran secreto,  
sabido ya del exécrable Enrique,  
aviva mas nuestro inminente riesgo.  
No tardará en venir acompañado  
de su ódio y su furor. ¿No habrá re-  
medio?

¿No se halla en estas lóbregas mansiones  
salida alguna á que arribar logrémos?

*Eduard.* Si este es el fuerte en que el feroz  
Enrique

puso en exécutcion su atroz intento,  
una puerta ha de haber; mas tan lejana,  
que mis débiles pies no se atrevieron  
á buscarla, en el punto que rompidos  
sentí los eslabones de estos hierros.

Sostenme tú, hija mia: acaso ahora  
se duele ya de nuestro afan el cielo,  
y que escapémos juntos nos permite.

*Empiezan á andar por el teatro, y se siente ruido á los léjos como de gente que baxa.*

*Viol.* Señor, ¿no sentís ruido?

*Eduard.* Sí le siento. *El ruido se acrecienta.*

*Viol.* ¡Ay! ¿quién nos salvará? ¡Ya á devorarnos

se precipita el tigre!

*Eduard.* No tu esfuerzo

desmaye así, Violante: ¿antes de ahora no arrostrabas la muerte con aliento?

*Viol.* ¡Ah! que la muerte entónces á mí sola amagaba, señor: mas yo os entrego

á la rabia feroz de vuestro hermano,

yo la ocasion de haberos descubierto

he sido; y tal desgracia, tal peligro,

ni contemplarlos, ni sufrirlos puedo.

*Eduard.* Ven, y en aqueste fúnebre recinto algun arbitrio á nuestro bien busquemos.

Si el cielo nos le niega, al fin muramos:

que ménos triste, y doloroso ménos,

es de una vez el fenecer la vida,

que ser cautivos, y existir sufriendo.

*A este punto las gentes y luces se van acercando por la misma puerta por donde salió*

*Aly, duardo y Violante se retiran por*

*en el lado del teatro.*



## ESCENA IV.

*Enrique, Asán y Guardias.*

*Al tiempo de entrar se detiene; pasa la puerta y vuelve á detenerse.*

*Enriq.* Ya penetré: las puertas de este al-  
vergue

con voces de terror me rechazaban;  
y entregado á sus lóbregos horrores  
mi ansioso corazon tiembla y se espanta.

Pero es mas fuerte mi rencor: sigamos.

*Pasa adelante, y repara en el peyo donde  
estaba Eduardo.*

*Asán,* él no está aquí: mira la cama,  
la triste cama en que por tantos años  
su cuerpo entre cadenas descansaba.

Y en ella, ¡ay Dios! en ella, aunque de  
piedra,

sobre él el sueño desplegó sus alas  
con mas dulzura que los miembros míos  
le hallaron nunca entre las plumas blandas.

¿Qué os deteneis amigos? derramaos  
por esas vastas bóvedas: que salgan  
los fugitivos á mi vista al punto.

¿Me entendeis? Mi poder, mi vida y fama  
 todo peligra, todo, si Eduardo  
 logra escapar á mi cruel venganza. *Cue*

*Asán y los Guardias se entran por el sub-  
 terráneo.*

## ESCENA V.

*Intenta seguirlos, y se retrae como espanta-  
 do.*

*Entr.* Quiero andar, y no puedo: ¡ah! ¿quién  
 tan debil

hace mi corazón? ¿quién de mis plantas  
 la fuerza apoca?... Es el fatal delito,  
 sin duda, el que me sigue y me acobarda.  
 ¿No tuve aliento un tiempo? ¿Por qué  
 ahora,

para acabarle de cumplir, me falta?...

Estas piedras heridas tantas veces  
 con sus gemidos que aun por ellas vagan,  
 á mi atronado y espantado oído  
 conacentos de horror parece que hablan...  
 ¡Fratricida!... ¡O qué voz? ¿son los es-  
 pectros

que en mi sueño entendí los que así cla-  
 man?...

¿De dónde esos cadáveres horribles?...  
 ¿Quién salpica de sangre estas murallas?...  
 ¿Comienza ya mi infierno?... ¡ó cómo  
 tiemblo!

¡de mi ultrajado hermano las miradas  
 cuál caerán sobre mí! ¡cómo su pecho  
 al ver á su opresor va á arder en saña!...  
 Y yo trémulo ante él, con voz incierta  
 la sentencia fatal que le amenaza  
 pronunciaré, sin que Eduardo tiemble.  
 El será el juez, yo el reo; y la alta palma  
 de triunfar sobre mí, siempre los cielos  
 en vida, en muerte le darán... ¡ó rabia!

## ESCENA VI.

*Asán y Enrique.*

*Asán.* Señor, en esas bóvedas oscuras,  
 perdidos y perdida la esperanza  
 de poderlos hallar, ya hacia este sitio  
 pensábamos volver; quando bien claras  
 unas palabras de repente oímos  
 con llanto interrumpidas y plegarias.  
 Huye, hija mia, huye; yo lo ruego;  
 ¡yo te lo mando: tu ligera planta



podrá escapar tal vez al gran peligro,  
 que en su ciego furor á ambos amaga.  
 Yo no puedo seguirte, y si tardamos  
 morirémos los dos. Ella lloraba,  
 mas ella huyó, y obedeció el mandato.  
 Corrimos: Eduardo se adelanta  
 á recibirnos, y con frente altiva,  
 donde la magestad se vé pintada,  
 aquí teneis á quien buskais, nos dixo:  
 llevadme al punto á donde Enrique os  
 manda.

Los guardias le cercáron y le traen;  
 yo adelantéme.  
*Enriq.* Asán, por piedad, anda,  
 vuela si es tiempo, y ántes que mi vista  
 sufra el horror de su presencia infausta;  
 que espire...

## ESCENA VII.

*Dichos, y Eduardo en medio de los Guardias.*

*Eduard.* ¡O Dios! conduélete de un padre,  
 tiende de tu poder las grandes alas  
 sobre aquella infeliz.

*Enriq.* Ya está presente:

¡ Ah! ¡ que la tierra ante <sup>mis</sup> tus pies no se abra!  
*Eduard.* Heme aquí , Enrique : tus feroces

ojos

tiemblan de hallar los míos , y se baxan.

Mírame al fin , desconocido hermano,

mira á qué trance me arrastró tu rabia,

y al contemplar los dolorosos males

que amontonaste sobre mí , tu alma,

digno de su maldad , goce un deleyte.

Asesinado con tu misma espada,

y por tu propia mano ; sepultado

en esta horrible y cabernosa estancia,

macerando mis miembros las cadenas

que al salvarme á tú cólera inhumana

cargó en mí la piedad ó la inclemencia;

y quando al fin de esclavitud tan larga

en este sitio de dolor te veo,

cercado enmedio de tus fieros guardias,

conozco bien lo que esperar me queda.

*Enriq.* Dices bien: no te resta otra esperanza

ya que la de morir: eterno objeto

para mí de rencor, de envidia y rabia;

¿ qué otro don que la muerte y exterminio

de mi terrible corazon buscáras?

Muere , Eduardo : á mi pesar aun vives:

el vil traidor, que te ocultó á mi saña,

no te librará ya : la tumba sola,  
la tumba es la fortísima muralla,  
que entre nuestras discordias haber debe.

Muere: tu vista me atormenta y mata,  
qual si fuera un suplicio.

*Eduard.* Yo lo creo : siempre la atroz ingratitud se espanta,  
si el ofendido bienhechor la mira.

Dos veces de la muerte que ya alzaba  
la mano sobre tí , libré tu vida:

tú dos veces , cruel , me la arrebatas.

Yo compasivo contemplarte puedo,  
quando me ofendes y feroz me amagas;  
mientras que tú sin palpar no aciertas  
á echar en mí tus horribles miradas.

Acaba, pues : ni tu piedad espero,  
ni la imploro tampoco ; así en tí haya  
igual valor á executar mi muerte,  
como yo tengo en recibirla.

*Enriq.* Basta:  
soldados , arrastradle ; y que al instante  
en medio de esas lúgubres moradas,  
léjos de mí fenezca : yo no quiero  
verle espirar.

*En el punto de arrastrarle los Guardias  
sale Violante á detenerlos.*



## ESCENA VIII.

*Dichos y Violante.*

*Viol.* Ministros de venganza,  
deteneos: sabed que él es mi padre;  
ved que es vuestro señor.

*Eduard.* ¡O desdichada!  
¡Así te obstinas en morir conmigo!

*Arrodillándose delante de Enrique.*

*Viol.* ¿Tú, Enrique, aun quieres mas? mira  
á tus plantas

la hija de Eduardo y de Teodora:

¿no bastan, dime, á tu furor, no bastan  
tantos años de angustia y cautiverio,  
sin que un segundo parricidio vayas

á cometer? Tu imperio está seguro:

si ambicion de poder tu pecho arrastra,  
manda en Visco, y que Eduardo obscuro

viva conmigo en un rincón de España.

¿No me escuchas, cruel? ¡Ah! si aun tu  
enojo

en sed de sangre y de dolor se abrasa;

aquí tienes mi cuello, aquí mi vida,

y en ellos solos tu furor apaga.

*Á los Guardias.*

*Enriq.* Aguardad... ¡Que no pueda el pecho  
mio

resistir la impresion de sus palabras!

Oye, Eduardo: el único camino

de ser nuestras discordias acabadas,

en tu arbitrio está ya.

*Eduard.* ¿Cuál es?

*Enriq.* Que al punto

me consagre Violante ante las aras.

la ternura y la fé, que indignamente

el venturoso Oren tiene usurpadas.

Tu vida es á este precio.

*Viol.* ¡O vil verdugo! *Levantándose.*

*Eduard.* ¡Y aquesto, Enrique, de Eduardo  
aguardas!

[Violante tuya, su inocente mano,

enlazada á esa mano sanguinaria!

¡y es tal tu ciega atrocidad que esperas

á mis tormentos añadir la infamia,

y el incesto al horror!... ¡O tú, hija mia!

*Viol.* ¡Señor!

*Eduard.* Ven, y en mis brazos estrechada

jura eterno rencor al monstruo horrible.

*Arrojándose hácia él, y abrazándole.*

*Viol.* Yo, señor, se lo juro: aunque se caigan  
los cielos con furor sobre nosotros.

*Enriq.* Soldados, de sus brazos arrancadla.

*Viol.* ¡O! no podrán.

## ESCENA IX.

*Dichos y Aly.*

*Aly.* Señor, poneos en salvo:

ya con su gente Oren tiene forzadas  
las murallas y puertas del castillo:

el fugitivo Atayde le acompaña;

y en voces altas y expresion terrible,

que respira Eduardo á todos clama.

Al nombre de Eduardo se suspenden,

y sin defensa la anchurosa entrada

abren á Oren, y con su gente unidos

todos hácia estas bóvedas se lanzan.

*Viol.* ¡O cielos! ¡socorrednos!

*Enriq.* ¿Si el destino *Aparte.*

mandará ya pesar en su balanza

mi suerte irrevocable?... Mas si fieles

vosotros sois, aun conjurar la infausta

nube podrémos, que de sangre y ruina

armada viene, y nuestra frente amaga.

Cercad esas dos víctimas; su vida

mas que su perdicion ahora nos valga.



Tú, Asán, presto á mi voz hunde en su seno,  
sin detenerte , la homicida espada.

Todos así perecerémos. *A Eduardo.*

*Los Soldados rodean á los dos , y Asán se  
colocará junto á ellos con la espada.  
desnuda.*

## ESCENA X.

*Dichos, Oren, Atayde y Soldados.*

*Oren.* ¿Dónde,  
ni quién podrá esconderte á la venganza  
que mi encendida cólera fulmina,  
ya sobre tí , vil asesino?

*Enriq.* Calla,  
detente , mira , si á mover te atreves  
un paso mas la presurosa planta ,  
mueren los dos.

*Deteniendo á Oren.*

*Atay.* Señor , ya la violencia  
es aquí por demas , pues que su rabia  
ha encontrado el camino á defenderse  
con el riesgo de vidas tan sagradas:

*Á Eduardo.*

no las perdais... Y vos á quien mis ojos

no osan volver sus tímidas miradas,

[Vos que años tantos de prision tan dura  
debeis, señor, á mi inclemencia ingrata;  
dignaos que en este trance tan terrible,  
yo á vuestra salvacion la senda os abra.  
Una sola palabra en vuestro nombre,  
permitidme que dé, y está embotada  
la cuchilla cruel, con que ese monstruo  
amaga vuestras miseras gargantas.

¿Puedo darla, señor?

*Eduard.* Yo la permito:

mas libre de baldon, pura de infamia.

*Dice esto adelantándose un poco, y mirando  
á Asán.*

*Atay.* Sí lo será. Yo en nombre de Eduardo,  
prometo á Asán su libertad, su patria,  
si las vidas sagradas que ahora ofende,  
con generoso aliento las ampara.

*Elija Asán,* entre quedar tendido  
en esta triste y desigual batalla  
con el verdugo bárbaro á quien sirve;  
ó ir á buscar en su nativa playa  
la dulce esposa, los amados hijos,  
y en sus abrazos recrear su alma.

¿Lo escuchaste?

*Enrig.* ¡Ay Asán!

*Despues de una pausa.*  
Ayuntamiento de Madrid

*Asán.* Ya está elegido:

salir de esclavitud... ver á mi patria...

mis cariños gozar... *tú* eres un blanco:

*Se vuelve á Eduardo, y le coge la mano.*

¿puede un negro fiar en tu palabra?

*Eduard.* ¿ Por qué lo dudas, bárbaro?

*Diciendo esto coge á Eduardo y Violante,*

*y los entrega á Oren.*

*Asán.* Sed libres.

*Enriq.* ¡ Pese á mi infame suerte!

*Asán.* Ya acabadas *Á Enrique.*

están tu usurpacion y tiranía;

húndete en el infierno que te aguarda.

*Enriq.* ¡ Con que traidores todos!

*Asán.* ¿ Y qué has sido

tú?

*Coge una espada de las manos de un soldado*

*y la da á Enrique.*

*Oren.* ¿ Mas qué aguardo ya?... Toma esa

espada,

que ofender un contrario desarmado

mi generoso aliento desdeñára.

Defiéndete.

*Interponiéndose.*

*Eduard.* Teneos : ingrato Enrique,

quando mas fiera tu exêcrable saña



irritaba tu brazo, y tu cuchillo

**Violante** y á mí nos amagaba;

no quise recordarte el ser tu hermano;

ni abatirme al dolor y á las p'egarias:

mas ahora, miserable, que te veo

agonizando entre tu misma rabia,

y que con ciega confusion resuelves

la muerte, la prision, las tristes ansias,

el insufrible horror que en mí cargaste;

yo no puedo olvidar que en las entrañas

donde yo tuve el ser, el ser tuviste,

ni olvidar el amor de nuestra infancia.

Escucha: tras tus crímenes no hay medio

de darte la amistad, la confianza

de un hermano: mas vive; el pecho mio

gustar no puede tan atroz venganza.

**Oren.** ¿Cómo? ¿y ofensas tantas sin castigo  
quedarán?

**Viol.** Sí, que viva, y que su alma, *Á Oren.*

si es capaz de virtud, en vos aprenda

á adorarla, señor. *Á Eduardo.*

**Enriq.** Esto faltaba:

este oprobio cruel que me confunde,

y mi encendido pecho despedaza.

¡Yo deberte la vida!... No, Eduardo,

no me la des: si acaso la aceptára,

F

llegára un tiempo en que beber tu sangre  
para saciar mi furia aun no bastára.

¿No te lo dixe ya? La tumba sola  
puede á nuestras discordias ser muralla.  
¿Vida de tí?... Ni aun muerte.

*Se hiere él mismo, y cae.*

*Viol.* ¡Desdichado!

Su rencorosa condicion le acaba.

*Volviendo en sí, y con voz desmayada.*

*Enriq.* Aly, tú solo aquí no me has vendido...

Tal vez mi muerte compasion te causa;  
sácame tú de aquí... llevame á donde  
sin que lo pueda ver, rinda yo el alma.

*Espira.*

FIN.

es el fin q<sup>e</sup> las pasiones ciegas  
o el que Dominan le preparan

puede representar Comedia  
27 de 1825

## APÉNDICE.

RASGOS Y TROZOS TRÁGICOS,  
QUE SE HALLAN EN EL DRAMA INGLÉS  
INTITULADO EL ESPECTRO DEL CASTILLO,  
TRADUCIDOS DEL EXTRACTO QUE SE HA-  
LLA EN EL NÚMERO 61 DE LA BI-  
BLIOTECA BRITÁNICA.

*Osmundo.*

Ahora la copa del placer se acerca á mis  
labios, ¡y yo la desecharía! No... Desde  
el instante espantoso en que me manché  
con la sangre de aquel que me amaba, y  
que hundí el puñal en el corazon de la  
que yo adoraba, ninguna hermosura ha  
lisonejado mi vista, ni acento ninguno mis  
oídos. Angela sola ha encontrado el secre-  
to de agradarme. Privado de la que ama-  
ba furioso, puesto en la tortura de un de-  
seo que no podia satisfacer, he sufrido los  
tormentos mas crueles, y mi corazon no ha  
conocido sino la agitacion de la angustia,  
y el remordimiento de un crimen inútil, &c.

F 2

Ayuntamiento de Madrid



*Osmundo y Angela.*

*Osm.* ¿Y qué? ¿serías insensible á la magnificencia? Estos ricos vestidos, estos muebles exquisitos, este aparato de grandeza...

*Ang.* Él deslumbra mis ojos: pero no llena mi corazon, y yo daría todos los diamantes que adornan mi cabeza por una flor sola de las guirnaldas que mi Eduardo me hacia.

*Osm.* ¡Ó furor!

*Ang.* ¡Ah, qué feliz era yo!... Quando por la noche me dormia, me decia á mí misma: hoy has sido feliz, mañana lo serás tambien, y mi sueño tranquilo me representaba los objetos de mi cariño.

*Osm.* Escucha, Angela: uno de los mas poderosos varones de la isla te ama, tu mano está destinada á él; y es preciso que le reserves tu corazon.

*Ang.* Mi corazon es de Eduardo.

*Osm.* ¡Eduardo! ¡un pobre aldeano!

*Aug.* Mi Eduardo es pobre; pero su corazon es noble.

*Osm.* ¡Ó rabia!

*Ang.* Estos sentimientos, decís vos, son poco dignos de mi clase: faltándole á la palabra es como yo me envileciera: Eduar-

do ha recibido mi fé...

*Osm.* ¡Infeliz! tú abusas de mi paciencia.

*Ang.* ¡Ah señor! qué miradas me echais: permitid que me retire.

*Osm.* ¡Detente, Angela! yo te amo.

*Ang.* ¡Señor!

*Osm.* Yo te amo con furor: mi pecho es una hoguera de fuego; y yo muero si este fuego no se apaga en tus brazos: no intentes escaparte: escúchame: yo te ofrezco mi mano; si la aceptas, señora de mis vastos y ricos dominios, pasarás tu vida en los honores, y la felicidad: pero si desprecias la oferta que te hago, obtendré por la violencia...

*Ang.* ¡La violencia! ¡Ah! no: semejante infamia no se hizo para vos.

*Osm.* Piénselo bien, Angela: tú estás en mi poder.

*Ang.* Y esto es lo que hace mi seguridad: si teneis un alma generosa, vos me protegeréis, Osmundo, porque soy débil y abandonada: yo imploro á vuestras plantas la compasion que se debe á los infelices, &c.

*Los dos Esclavos.*

*Assam.* ¡Agradecimiento en un Europé

Busca la constancia en las tormentas, el calor en los hielos, la obscuridad en el sol, ántes que gratitud en un Européo.

*Saib.* Si eso es así, ¿por qué á Osmundo? ¿qué estimas en él?

*Assam.* Sus vicios. ¿Y qué causa mas legítima de inclinacion á su persona podría yo tener? ¿No estoy condenado al desprecio, y á la infamia? Yo era libre, y ya soy esclavo. Yo era amado, ¡y ahora soy un objeto aborrecible y asqueroso! ¿Dónde está el blanco que no desdeñe altivamente la amistad de un negro? ¿Dónde está la muger que no desprecie las pruebas de su cariño? Pues allá en mi pais mi amistad lograba amistad, y mi amor era pagado con amor. Yo tenia padres, hijos y una muger... ¡Ó pensamiento cruel! un instante me ha privado de todo... ¿Puedo acordarme de lo pasado, sin aborrecer la raza de los blancos? ¿Puedo pensar en el mal que me han hecho, y no regocijarme de sus males? ¡Tú crees que amo á Osmundo, yo le detesto! Pero me complazco contemplando en él el espíritu maligno enviado por el cielo para atormentar los hom-



bres: me agrada verle llenar su execrable oficio con sus semejantes, verlos sufrir por él en este mundo; y echar la agradable idéa de que él sufrirá en el otro por el mal que les ha hecho.

*Saib.* Pero nosotros somos del número de los que atormenta: yo estoy resuelto á huir de la caberna del leon, y á buscar algun otro amo que...

*Desde dentro.*

*Osm.* ¡Socorro! ¡socorro!

*Entra en la escena.*

*Osm.* Salvadme, salvadme: ellos me persiguen, defendedme.

*Saib.* ¿Qué es esto? Mira cómo tiembla, cómo se estremece, cómo vuelve los ojos.

*Assam.* Señor mio, hablad, ¿no nos conocéis?

*Osm.* ¡Ah! ¿qué voz?... ¿Eres tú Assam? ¿y tú tambien Saib? ¿Por fortuna no sería mas que un sueño?... No escuché yo aquellas palabras espantosas que resuenan todavía en mis oídos?... Assam, Assam, el suplicio del fuego y el de la rueda deben ser una delicia comparados con lo que yo

he sufrido. Escuchadme y temblad, ó vosotros que fuisteis los instrumentos de mis crímenes: creía yo andar por las bóvedas sombrías donde reposan las cenizas de mis mayores. El aspecto de los sepulcros me inspiraba terror, y los emblemas que los cubren me hacían volver la vista; quando de repente la figura de una muger se aparece delante de mí. Era Angela, que sonriéndose me hacía señas de que me acercase. Corro al instante, y abro los brazos para cogerla: ¡pero ó prodigio espantoso! Sus facciones se ajan y se alteran: un raudal de sangre brota de su seno: era Evelina...

*Assam y Saib.* ¡Ah cielos!

*Osm.* Era Evelina... Tal como la ví espirando á mis pies, quando mi mano desesperada la dió el fatal golpe. Nosotros volvemos á encontrarnos, dixo ella con una voz sepulcral, recibe mis abrazos; pero contempla tu obra: mira lo que hiciste de mí. Ven, estréchame contra tu seno, ya eres mi esposo, y no nos separémos jamas. Mientras que articulaba estas palabras, su rostro se seca, sus miembros se corrom-

pen, sus carnes se separan de los huesos, sus ojos salen de sus orbitas, y se convierte en un asqueroso esqueleto.

*Saib.* ¡Horror, horror!

*Osm.* Ella me apremia en sus brazos, me in-festa con su aliento, y me fuerza á recibir sus hediondas caricias... Despues repentinamente las paredes de las catatumbas se cubren de llamas azuladas, los sepulcros se hienden; y saliendo de ellos los espectros á bandadas, me amenazan, me cercan, y danzando al rededor de mí, rechinando los dientes, y arrojando gritos terribles: bien venido seas, fratricida, exclamaban todos, bien venido seas entre nosotros. El horror rompió el sueño, yo escapé pidiendo socorro: pero lo que he sufrido, lo que he sentido, ninguna lengua puede explicarlo.

*Saib.* Señor, ese no es sueño vano, es un aviso del cielo, es vuestro Angel Custodio que os grita: *Osmundo, arrepiéntete, y no cometas nuevos crímenes.* Acor-daos, señor mio, que Kenric en esta noche...

*Osm.* ¡Kenric! Habla, ¿tomó el veneno?



*Saib.* Yo siguiendo vuestras órdenes se le he presentado; pero la copa se vertió ántes de beberle.

*Osm.* Gracias al cielo, que así me siento aliviado de un delito. Déxemos vivir á Kenric. ¿Qué puede suceder? ¿que me dexe y me venda? Pero no puede dar pruebas... ¡Angela! ¡ó! ¡cómo á este nombre amado renace el sosiego en mi alma!

*Saib.* Vos olvidais tambien que su corazon es de otro: ahora que es tiempo, restituídla á quien ama.

*Osm.* ¡Infeliz! Pídeme la vida. Mañana, si respiro, Angela será mia... ¿Si respiro? y por qué esta duda? Nosotros nos encontraremos, dixo el Espectro. Salid de mi memoria, palabras horribles... Assam, yo te confio el euidado de mi bien; vela, y corre á decirme si algún peligro nos amenaza. Yo vuelvo á ver si puedo conseguir dormirme: sígueme tú, Saib: ten los ojos abiertos sobre mí miéntras duermo. Si me ves agitado, trémulo; si adviertes que mis cabellos se erizan, y que el sudor cubre mi frente, cógeme, despiértame, porque no quiero tener mas sueños, &c.

*Angela y Kenric.*

*Ang.* ¿Qué quereis de mí, Kenric? ¿Qué buscáis á esta hora de la noche?

*Kenric.* Si soy sentido, señora, soy perdido sin arbitrio, y vuestra suerte depende de la mia.

*Ang.* ¿Qué significa este misterio, y esta visita nocturna?

*Kenric.* Esta visita es de un amigo, de un hombre á quien su arrepentimiento trae á vos. Las llaves del castillo están en mi poder: yo quiero huir, y os libertaré de vuestro cautiverio poniéndoos en manos del Conde de Perey: pero ántes, señora, me habeis de ofrecer vuestra proteccion para con aquel que me debe diez y seis años de la prision mas dura.

*Se pone de rodillas delante de ella.*

*Ang.* Levantaos, Kenric: yo no os entiendo, ¿de qué cautivo hablais?

*Kenric.* Escuchad, señora, la extraordinaria relacion que voy á haceros. Yo me he criado con Osmundo, y he sido desde mi infancia el confidente de sus placeres y de sus penas. El las debe todas á sus zelos contra su hermano, cuyos derechos y pre-

ferencia envidiaba. Sin embargo ocultó su odio hasta el momento en que Evelina Neville dió su corazon y su mano á Reginaldo: desde este momento el odio de Osmundo no tuvo límites. El resolvió asesinar á su hermano quando volviese de la guerra de Escocia, y forzar á su viuda á entregarse á él. Dióme parte de su proyecto; empleó las lisonjas, las amenazas, las promesas... en fin me seduxo.

*Ang.* ¡Desdichado!

*Kenric.* Escuchadme hasta el fin. Yo le seguí en efecto al teatro de su crimen, pero no manché mis manes con la sangre. El mismo hirió á Reginaldo, y su puñal fué tambien el que alcanzó á Evelina al tiempo que ella queria apartar el golpe de su esposo.

*Ang.* ¡Ó horror! ¡horror!

*Kenric.* La esperanza de Osmundo burlada, su pasion se trocó en furor. El hizo la señal de muerte, y los que seguian á Reginaldo fuéron todos degollados. Yo pude sin embargo á fuerza de ruegos salvar su sobrina, niña de algunos meses, que su puñal habia herido ya en la garganta. Se-



ñora, vos teneis todavía esta señal.

*Ang.* ¡Yo, cielos! ¿qué decís?

*Kenric.* La verdad...

*Ang.* ¡El monstruo! ¡Ah! ¡he aquí por qué quando asía mi mano, mi sangre se helaba en las venas! la naturaleza se estremecía al acercarse el fratrieida. Era el espíritu de mi madre, que me decía: ¡aborrece á mi asesino!... ¡Qué no os debo yo, Kenric! ¡y vos me pedís perdon de rodillas! Vos que...

*Kenric.* Deteneos, señora, suspended la expresion de un agradecimiento que no merezco. Escuchad lo que todavía tengo que deciros. Yo fuí el último que dexó aquel teatro de muerte: retirábame penetrado de horror quando oí un gemido: volví atrás, puse la mano sobre el corazon de Reginaldo, y palpitaba aun...

*Ang.* ¡Palpitaba aun!... ¡cruel!... y vuestra mano culpable...

*Kenric.* No: el quitarle la vida hubiera sido un bien para él: yo se la conservé, y le quité la libertad. Reflexioné que si me aseguraba de la persona de Reginaldo, tendria sobre Osmundo un ascendiente

muy grande, y resolví salvarle. Llevé, pues, su cuerpo casi sin vida á una mansion desconocida por todos: á fuerza de cuidado logré curar sus heridas, y él vive todavía.

*Ang.* ¡ Mi padre vive todavía !

*Kenric.* Vive, si es vida una exístencia tan miserable. Antes que hubiese vuelto en sí, le encadené á la pared de su prision, y luego que sus heridas estuviéron curadas, no volví á parecer en el calabozo que le encierra. Le he llevado constantemente el alimento por una rejilla, que no le permitia verme. Quando imploraba la piedad de su carcelero cruel, yo me apresuraba á huir. Hace diez y seis años que Reginaldo no ha oído voz humana...

*Ang.* ¡ Ah Dios ! ¡ Dios !

*Kenric.* Pero el momento de su libertad se acerca. He descubierto que Osmundo quiere quitarme la vida; y yo me abandono á vos, señora: interceded por mí con vuestro desgraciado padre. ¡ Ay ! ¿ podrá jamas perdonar tanta inhumanidad ?

*Ang.* ¡ Ah, Kenric ! Vos habeis sido bien culpable y cruel... pero volvedme mi pa-

95  
dre, dadnos la libertad, y todo se os  
perdonará, &c.

*Osmundo.*

Las bóvedas, sobre las cuales marchó  
ahora, han retumbado por diez y seis  
años con sus gemidos... Su corazon altivo  
va á llenarse de rabia á la vista de un her-  
mano usurpador. ¡ Ah! ¿ De dónde vienen  
estas oleadas de sangre?... ¡ Qué cuerpos  
mutilados son los que arrastran! ¡ Fratricida!  
!... ¡ palabra espantosa! &c.

*Reginaldo.*

El viene ( *el carcelero* ) á traerme mi sus-  
tento, y luego se apresura á escapar, co-  
mo si mi prision fuera la guarida de una  
sierpe... Mas de una vez he enxugado lá-  
grimas, nunca las he hecho correr: mas  
de una vez he aligerado el peso de las ca-  
denas del infeliz cautivo, jamas atenté á  
la libertad de nadie. ¿ Y sin embargo yo  
lloro en este cautiverio? &c.

*Ang.* ¡ Y así os encuentro, padre mio! ¡ car-  
gado de cadenas, privado de todo, respiran-  
do un ayre pestilencial!... &c.



*Osm.* ¡Hele allí tendido sobre un lecho de  
pajas! El encuentra en ellas un descanso,  
que yo no puedo gozar sobre plumas.

*Á Angela.*

*Regin.* Jura en mis manos no ser suya.

*Ang.* Yo lo juro.

*Osm.* Separadlos.

*Ang.* No, no, ¡jamás! &c.

**FIN.**